



REVISTA DE GERONA

CRÍTICA ARQUEOLÓGICA Y ARTÍSTICA (*)



DEBERES de cortesía y de gratitud, para el escritor más imperiosos que para nadie, ponen la pluma en nuestras manos. La *Revista de Gerona*, en el número correspondiente al mes de Enero del presente año, publicó un artículo suscrito por el erudito arqueólogo gerundense D. Enrique Cláudio Girbal, titulado *La Estatua de Carlomagno, el códice del Apocalipsis y el tapiz del Génesis de esta Catedral*. En este artículo tuvo su autor la benevolencia de insertar los párrafos que dedicábamos á esas preciadas reliquias de lo pasado en el primero de nuestros artículos sobre *Las Artes Retrospectivas en la Exposición Univer-*

(*) Con el deseo de corresponder á la ilustrada galantería de su autor, reproducimos la parte de un artículo que publicó *La Ilustración Española y Americana* en el n.º correspondiente al 22 de Septiembre último. Aun cuando en él dice el distinguido articulista estamos *conformes en lo esencial* del asunto que se trata, nos permitimos poner algunas notas á dicho escrito para reforzar nuestros asertos anteriores, esperando nos lo dispensará el Sr. Mélida con su probada benevolencia. (E. C. G.)

sal de Barcelona, que vieron la luz pública en las columnas de LA ILUSTRACIÓN (1), y puso á dichos párrafos algunas observaciones, por medio de notas, en aquellos puntos en que él disiente de lo dicho por nosotros. En rigor, las observaciones del Sr. Girbal no desvirtúan el valor de los juicios que hemos emitido acerca de esas obras de arte antiguo, pues que no se refieren á la época á que pertenezcan ni al suelo en que se produjeron; son, antes que refutaciones, datos interesantísimos para ilustrar su historia. Por esta razón, á la vez que nos congratulamos de estar conformes en lo esencial con dicho erudito, le agradecemos muy de veras que haya dado á la estampa tan curiosas noticias, de las que, en prueba de imparcialidad, vamos á reproducir su parte más esencial.

De la *estatua de Carlomagno*, por nosotros clasificada del siglo XIII y tenida por representación de un conde rey de Aragón, en conformidad con lo dicho anteriormente por nuestro ilustrado amigo el Sr. Miquel y Badia, dice el Sr. Girbal:

«En 1877 dimos á conocer por vez primera este interesante monumento en la revista ilustrada *La Academia* (número del 11 de Marzo), publicando un grabado del mismo y un artículo titulado *Carlomagno en Gerona (Noticias histórico-tradicionales)*. que más tarde, sin el grabado, reprodujimos en esta *Revista*, correspondiente al mes de Agosto de 1884, á poco de haberse hecho retirar de su antiguo puesto y trono de gloria la imagen del Emperador de las leyendas. En dicho escrito atribuimos el monumento de referencia á la época en que se estableció solemnemente en nuestra santa Iglesia el culto del Emperador franco (1345) por el obispo D. Arnaldo de Monrodón. Para hacerlo así, nos fundamos en el momento histórico que verosímilmente ofrecía mejor ocasión y motivo á la labra de aquel original iconográfico, respecto del cual no ofrecen los anales de nuestra iglesia gerundense anteriores noticias, bien que tampoco las hemos encontrado de la época misma á que nos hemos referido, falta sensible que impide desde luego hacer luz en la disquisición presente. De todos modos, empero, si nos allanamos á conceder, como el Sr. Mélida le atribuye, alguna mayor antigüedad á la estatua, no podemos hacer otro tanto por lo que dice á la atribución de la misma á algún conde rey de Aragón del siglo XIII ó XIV. ¿En qué puede fundarse nuestro ilustrado amigo y distinguido arqueólogo Sr. Miquel y Badia pa-

(1) Véanse los números correspondientes al 22 de Noviembre y 8 de Diciembre de 1888.

ra suposición tan aventurada? ¿En la indumentaria y caracter típico de la escultura? Nos parece harto liviano el apoyo, pues esto, cuando más, no significaría otra cosa sino que el artista, poco fuerte en la propiedad del traje, representó al emperador franco con el de su época, anacronismo repetidísimo en las obras artísticas de aquellos y posteriores siglos, y ahí están museos y colecciones para hacer bueno nuestro aserto, y no tratándose de artistas docenados ó de poco nombre, sino de verdaderas notabilidades. ¡Qué extraño debe parecernos esto en aquellos tiempos en que tan difíciles y escasos eran los estudios y conocimientos del género que nos ocupa, si en otros mucho más cercanos al nuestro hallamos impropiedades de gran bulto en eminencias del arte!

»Aparte de las consideraciones expuestas, se ocurren otras para nosotros de mayor fuerza todavía, para que podamos asentir á las hipótesis de los apreciables anticuarios á quienes vamos refiriéndonos. Admitiendo de momento que la imagen de que se trata representase á algún conde ó soberano aragonés, ¿cuál podrá ser éste que mereciese de parte del Cabildo gerundense la altísima distinción de erigírsele una estatua? Si hubiese sido coetáneo de la época que la imagen acusa (siglos XIII ó XIV), ahí está la historia local, que debería suministrarnos datos suficientes, ya que el hecho ó acción verificados tendrían la debida resonancia. Por nuestra parte, hemos de confesar que no los hemos sabido hallar con serenos algo conocidos los anales de nuestra ciudad nativa. ¿Pudo ser la estatua (prescindiendo de su caracter iconográfico) representativa de otro conde ó rey anterior á aquellos tiempos? Las mismas razones vienen á contestarnos con su mudo silencio.

»Quédanos todavía el argumento de mayor fuerza contra la atribución que estamos impugnando. Conocidos la prudencia, pulso y delicadeza con que en las cosas referentes al culto procedió siempre nuestra santa Iglesia, llamada por tales motivos desde remotos tiempos *madre de ceremonias y de gravedad de culto*, ¿cómo puede compaginarse la suposición de que pudiera tributar los honores de los santos á ningún personaje, siquiera fuese un monarca gran protector de la Iglesia universal, sin títulos por demás especiales y por hechos trascendentalísimos para la localidad, y muy particularmente para su iglesia? La válida creencia que hasta nuestros tiempos hubo en Gerona de haberla librado el Emperador franco del poder de los moros, las tradiciones constantes y los recuerdos perpetuados de varios modos sobre el suceso que ha inspirado á los poetas, explican satisfactoriamente el origen del culto del *Emperador de las batallas* en la catedral gerundense, y por en-

de, la existencia en sus altares hasta ayer mismo de la estatua ó imagen de aquél. Ella misma nos suministra en uno de sus estudiados detalles de composición la intención ideológica que el artista buscara para determinar mejor la personalidad que quiso representar. ¿Qué significan los endriagos que muerden el polvo debajo de las plantas de la figura del personaje, que constituyen un rasgo importante de aquel monumento iconístico? Seguramente que no se pusieron allí de un modo arbitrario, ni mucho menos, y sí, por el contrario, de la manera más premeditada. Aquellos monstruos fantásticos representan, á no dudarlo, la secta mahometana, la herejía, el islamismo combatido sin cesar por el famoso héroe de la cristiandad é hijo primogénito de la Iglesia. No queremos insistir más sobre este punto.»

Permítanos ahora el Sr. Girbal algunas observaciones. Ni á nuestro ilustrado amigo el arqueólogo barcelonés señor Miquel y Badía, ni á nosotros, nos han extraviado para juzgar de la estatua en cuestión los caracteres indumentarios y artísticos. Lo que ha pasado es que, como la estatua se mostraba á nuestros ojos en el Certamen de Barcelona sin antecedentes, por decirlo así, no pudimos menos de despreciar una atribución iconística que pugnaba con los antedichos caracteres. No pudieron tampoco ocultársenos los anacronismos patentes en tantas y tantas obras de arte como nos ofrecen á los personajes del Antiguo Testamento ataviados con el pomposo boato imaginado por el gusto alemán del Renacimiento, ó el sepulcro de Cristo custodiado por guerreros cubierto con armaduras de *platas*, etc., etc.; anacronismos á propósito de los cuales dice un ingenioso amigo nuestro, que estaría en su derecho si pintara el *prendimiento de Cristo por guardias civiles*. —Pero vengamos á la cuestión: el mismo Sr. Girbal declara que faltan noticias referentes á la estatua, es decir, que hasta hoy, entre los preciosos datos históricos que acreditan la existencia del culto á Carlomagno en Gerona y la creencia de que esa estatua representa al Emperador franco, no hay otra relación sino que hasta hace unos pocos años ha estado en un altar la estatua por recuerdo tradicional, pues el culto que pudiera representar se perdió hace muchísimo tiempo. Ante todo, ya demostramos en nuestro anterior escrito cómo la estatua es del siglo XIII: el culto á Carlomagno se estableció en la catedral gerundense en 1345; de donde resulta que la estatua debió labrarse unos sesenta ó setenta años antes, es decir, que quizá se hizo para otro templo y se trasladó luego á Gerona, si realmente representa á Carlomagno, ó no

siendo esto así, se acomodó á dicha representación por llenar las exigencias de un culto nuevo. Demos, sin embargo, por bueno que pueda ser obra del XIV, hipótesis que en nuestra humilde opinión se desvanece sin más que el examen comparativo que hicimos de los detalles indumentarios. Aun así, ¿dónde están los datos para asentir á una tradición que por efecto de las vicisitudes de los tiempos ha podido desvirtuarse tan facilmente? La estatua no lleva letrero alguno, tan frecuente en otras imagenes sobre *fi-lacteras* ó cintas ondeadas; no lleva otros caracteres que puntualicen la personalidad; el único que por tal puede tomarse, los *en-driagos* (y este es el argumento más fuerte del Sr. Girbal), nos parece demasiado vago para decidir la cuestión. (1)

La Iglesia es cierto que ha procedido siempre con mucho pulso y delicadeza en todo lo referente al culto; pero con muy poco comprendía que tuviese valor un objeto antiguo si no se decía que

(1) Debemos observar al Sr. Mélida que la capilla en que hasta hace poco estuvo á la veneración pública la imagen del Emperador de las capitulares fué una de las nueve que se construyeron en el siglo XIV cuando se reedificó y amplió la iglesia, siendo el entonces canónigo Arnaldo de Monrodón otro de los comisionados por el cabildo para llevar á efecto las obras. Siendo ya obispo (1335-48), se construyó el sepulcro de los Santos Cuatro Mártires Ampurdaneses á quienes está dedicada, y mandó colocar en el centro del retablo la imagen de Carlomagno y un rótulo al pie con el nombre del Emperador. Así continuaba en tiempo del cronista Fr. Juan Gaspar Roig y Jalpí, según lo expresa en la página 287 de su *Resúmen historial de las grandezas de Gerona* con estas palabras:

«Fundó y dotó la Capilla de los Santos quatro Mártires Empurdaneses, Germano, Iusturo, Paulino, y Scicio en su santa Iglesia, y en medio del Retablo mandó poner la imagen de Carlos el Grande, hecha de entero relieve, con un rótulo en ella, que dice: *S. Carolus Magnus* etc.»

Poco después del tiempo á que el cronista se contrae, hubo de cambiarse el retablo antiguo (1679-82) según dijimos en una de las notas puestas al primer artículo del Sr. Mélida, *dejando en aquél la imagen del Emperador Carlos magno*, según la condición impuesta por el cabildo al canónigo Zanón que costeara el nuevo altar. De aquella fecha seguramente data la colocación que nosotros hemos alcanzado de la estatua, no en el centro del retablo, sino en la parte superior del mismo en un casilicio ó nicho de las mismas dimensiones de ella.

Por otra parte, no encontramos motivo para hacer hincapié bastante respecto á los caracteres ó detalles indumentarios de la estatua para caracterizarla del siglo XIII ó del XIV, cuando es muy sabido que no corrieron tan paralelos ó sincrónicos los adelantos de las artes aun en naciones vecinas, y es tanto esto verdad, en cuanto los monumentos arquitectónicos anduvieron algo rezagados en el estilo ojival mismo, pues mientras en unas partes entraban las construcciones en sucesivos períodos, de adelanto en otras quedaban más ó menos estacionados. Ni hay que desconocer la poca apreciable distancia que para nuestro caso concreto de la estatua representan treinta ó treinta y cinco años más ó menos.

había pertenecido ó que representaba á este ó á aquel personaje cuidado en lo referente á las tradiciones de los tesoros artísticos que guarda. Ahí está para hacer bueno nuestro aserto el pendón de las Navas, que ni fué pendón, ni árabe-español, ni pudo estar en las Navas, además de otra infinidad de falsas atribuciones que hay en nuestras iglesias. Ha habido un tiempo en que predominaba el afán de las atribuciones históricas, hasta el punto de que no se célebre. En nuestra armería Real, hasta hace poco se enseñaban el casco de Aníbal, la silla del Cid, la armadura de Isabel la Católica y los cascos de Boabdil, la armadura de Cristóbal Colón y otras armas no menos famosas; errores hoy, por fortuna, desvanecidos.

Créanos el Sr. Girbal: la cuestión de que tratamos está de un lado y de otro en un terreno hipotético; lo único positivo que sabemos es que en la catedral de Gerona se guarda una estatua del siglo XIII, de raro valor artístico y de grandísima importancia arqueológica. Si pudo ser hecha para representar á *Carlomagno*, y si en este concepto se puso en un altar (donde el Sr. Girbal la ha visto), no lo sabemos, y por otra parte, es cuestión secundaria al lado de sus caracteres arqueológicos, cuestión que tampoco interesa gran cosa al historiador, toda vez que tiene un dato más fehaciente, cuales son los documentos en que consta la institución del culto y su persistencia en Gerona. Si fuera coetánea á *Carlomagno*, tendría un valor iconográfico. No le queda, pues, más que su valor arqueológico.

Con respecto al *códice del Apocalipsis*, dice el Sr. Girbal que hemos andado equivocados en decir que es el Apocalipsis más antiguo conocido, y se apoya en la autoridad de su amigo el ilustre geógrafo M. D'Avezac, quien indicó que el más antiguo es uno del siglo IX, perteneciente á la colección de manuscritos del Conde de Ashburnham, y por consiguiente anterior al de Gerona, que lleva fecha del X. Si nosotros dimos prioridad á éste, fué prestando crédito á la opinión de un sabio alemán, gran conocedor de antigüedades cristianas, con cuya amistad nos honramos. Podrá

Para concluir y para que se vea que no andamos tan descaminados al atribuir al siglo XIV y por lo mismo á la época misma de la institución del culto solemne del Emperador franco en Gerona, podemos aducir la respetable opinión del distinguido anticuario catalán D. José Puiggari quien en el Catálogo razonado de las láminas que forman el Album de la Sección arqueológica de la Exposición Universal referida, la clasifica del siguiente modo: «Lám. 5.ª. Pequeña estatua de marmol. dicha de Carlomagno, perteneciente al Cabildo Gerundense; donoso ejemplar del siglo XIV, no solo por su excelente ejecución, sino por su valor histórico é indumentario, ajustado del todo á la época de Juan I ó de Pedro IV.»

tener razón, sin embargo, el Sr. Girbal, y pudo tenerla M. D'Avézac; pero también aquí nos falta saber si lleva fecha el *Apocalipsis* á que ambos se refieren. y, caso de no tenerla, el resultado que pudiera obtenerse de un estudio comparativo de los caracteres artísticos de ambos códices.

En cuanto al *tapiz del Génesis*, que también se conserva en la catedral de Gerona, el Sr. Girbal da la interesante noticia de que hace pocos años se encontró en dicha catedral un trozo de la orla que falta, y se lamenta de que con él no se completara tan interesante monumento cuando se expuso en Barcelona. El Sr. Girbal dedicó al tapiz en cuestión una erudita y brillante monografía en *La Academia*, y otra al trozo de orla en la *Revista de Gerona*, número del mes de Enero de 1884. (1)

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA

(1) Por la referencia que hace á estos asuntos, copiamos á continuación un suelto que el *Diario de Barcelona* correspondiente al día 4 de Mayo de este año insertó en la edición de la mañana:

«El ilustrado historiador y arqueólogo D. Enrique Cláudio Girbal ha publicado en uno de los últimos números de la REVISTA DE GERONA un interesante artículo, en el que copia lo espuesto por D. José Ramón Mélida y por otros críticos acerca de la estatua de Carlomagno, del código del Apocalipsis y del notabilísimo tapiz de la Catedral de aquella ciudad, y añade algunas observaciones suyas, ya corroborando lo escrito por los autores que cita, ya refutando en alguna parte sus opiniones. El Sr. Girbal sostiene que la estatua que figuró en la Sección Retrospectiva de nuestra Exposición representa al Emperador Carlomagno, y para fundar su afirmación aduce eruditos datos y observaciones que merecen ser leídos por los anticuarios.»

«El mismo Sr. Girbal, en el propio artículo, al ocuparse en el tapiz del Génesis, da una noticia, por muchos ignorada, y que consideramos de mucho interés. Tal es la que puso en la REVISTA de enero de 1884, de haberse encontrado entonces entre trapos viejos, un apreciable fragmento de la parte de orla ó faja que falta en aquel importantísimo paño. Al fin de su artículo escita, con razón, al Excmo. Cabildo Catedral de Gerona que reintegre al tapiz el trozo hallado en 1884. súplica en la que le acompañarán todos los arqueólogos y aficionados á las antigüedades, y muy particularmente los que tuvieron ocasión de examinar detenidamente aquel citado trabajo de bordadura en nuestra Exposición Universal, en donde llamó la atención de todas las personas, nacionales y extranjeras, algo entendidas en la materia. que le visitaron.»



EL CEMENTERIO

«Lo anuncia sin cesar esa campana
de sonora y solemne vibración;
que dice en el espacio repetida:
pasan las horas sin volver jamás:
un día menos en la triste vida;
hacia la eternidad un paso más.»

ENRIQUETA LOZANO.

Levantaos cadáveres que yertos
dormís en hedionda sepultura;
revivid, las cenizas de los muertos
pavimiento glacial de esta llanura:
sepulcros solitarios y desiertos,
lanzad de esa mansión cóncava, oscura
un rugido fatídico y profundo
que diga lo que sois á todo el mundo.

No importa, no, que el orbe en su quimera,
os corone de emblemas y colores,
ni que haga este recinto primavera
de verdes mirtos y pintadas flores;
no importa que, monarca de la esfera,
ese sol os tribute resplandores,
ni que engalanen las bruñidas losas
truncadas palmas y marchitas rosas.

No importa que los pájaros aniden
con su canto, su pluma y sus arneses
en los sauces que ver la luz impiden
ó en las copas de altísimos cipreses,
no importa que los hombres se descuiden
pensando en la fortuna y sus reveses,
ni que digan en pos de su delirio
que recordar la muerte es un martirio.

Sépulcros sois, heladas cavidades:
abismos donde aun se oyen plañideras

reducidas á escombros cien edades,
 cien vidas, cien historias pasajeras:
 cima donde mundanas vanidades
 se hundieron con sus lúbricas quimeras;
 carro triunfal donde la muerte gira
 sobre las frentes que dobló su ira.

Sepulcros, si; escondidos y sellados
 no guardais más tesoro que una huesa,
 y esqueletos, y bronce cincelados
 y escudos, inscripción, todo es pavesa:
 esos son los placeres suspirados,
 la pobre humana condición es esa;
 existe la verdad velada y pura
 tras del mármol de hueca sepultura.

Ahí yacen el esposo con la esposa;
 los padres con los hijos; los hermanos,
 los amigos en bóveda espantosa
 duermen ya, carcomidos de gusanos.
 ¡Tumbas! Vuestra misión es horrorosa;
 por eso en su locura los humanos
 procuran olvidar vuestro misterio,
 lejos su corazón de un cementerio.

Sepulcros, predicad: cuanto se adora
 cual lánguido vapor desaparece,
 cuanto afligido nuestro pecho llora
 es humo que al nacer se desvanece;
 cuantos bienes hidrónico atesora
 á su ocaso, otros tantos aborrece...
 sus ensueños. el aire que respira,
 su duración sutil, todo es mentira.

Mentira todo. El hombre peregrino
 en la tierra que habita es extranjero:
 la mente es un revuelto torbellino,
 la dicha es un fantasma pasajero;
 todos huyen, igual es el camino
 del señor, del esclavo y del guerrero,
 y allí, donde la vida finaliza,
 no encuentra más verdad, que su ceniza.

Ceniza que descarnada
 sin movimiento y sin luz,
 árida, seca y pelada,
 tiene la ciencia guardada
 del hombre en el ataúd.

Filosofía mundana,
 ¿dónde está la inspiración
 de esa tu creencia vana,
 si el eco de una campana
 no llega á tu corazón?

Sabio que estás batallando
 con tu loco discurrir,

nada sabes, olvidando
 la incertidumbre del CUANDO
 y lo cierto del MORIR.

Corre, innovador moderno
 y oye lo que este panteón
 dice en su silencio interno:
 «Los réprobos al infierno,
 los justos á la Sión.»

Viento impuro y transitorio
 de este suelo es el gozar.
 tras de ese paño mortuorio,
 hay horrendo purgatorio

donde el alma va á penar.

Esa lámpara encendida
te está llamando, mortal:
casi oscura y estinguida.
esa lámpara es tu vida
en lo breve y funeral.

Hoy, óyelo aunque te asombre:

risueña tu suerte está:
niño ayer, hoy eres hombre:
y mañana, ni tu nombre
quedará en el mundo ya.

Hoy amontonas arreos
de soberbia y vanidad,
y mañana tus deseos
no lucirán más trofeos
que el tiempo y la eternidad.

Tiempo que vucla y abrasa
cuanto toca á su pasar;

tiempo de existencia escasa,
y eternidad que no pasa
porque siempre ha de durar

Tiempo en el gozo perdido
que el porvenir no temió:
tiempo mísero y hundido,
y eternidad que ha venido
cuando menos se pensó.

Tiempo leve en el placer
y durable en el sufrir;
que vuela y no ha de volver;
tiempo, al tiempo de nacer
y eternidad al morir.

Tiempo que, al hombre impeliendo,
duerme en su fosa tambien:
y eternidad que venciendo
espantosa está diciendo:

«REQUIESCAT IN PACE. AMEN.»

¡Eternidad! Y dígalo callada,
morada de recuerdos, esa losa
donde sin fausto, ni esplendor guardada
la miserable humanidad reposa.

Esa generación que ahí encerrada
se perdió corrumplida y silenciosa,
grita callando á los que así la vemos
que mañana podridos estaremos.

Mañana, hoy mismo acaso, este momento
el último será de nuestra vida;
y lo que ahora es hermoso al pensamiento
será luego una ráfaga perdida.

Somos caña que trizas hace el viento,
gota de agua en el aire suspendida,
hoy ansiamos vivir, y moriremos;
nos buscarán mañana, y no seremos.

Cadáveres, dormid, Yo me retiro,
cesa temblante la cansada mano,
y si á pintar la realidad aspiro,
tal vez ¡oh tumbas! la verdad profano.

Cenizas, descansad. Vago suspiro
lanza á los aires mi dolor insano.

Soy nada, y cuando en polvo yo os medito,
veo en la eternidad mi nombre escrito.

FELIPE VELAZQUEZ, Pbro.



UN THRENO CATALAN

DEDICADO Á LA TOMA DE CONSTANTINOPLA
POR LOS TURCOS.



LA toma de Constantinopla por los turcos en 1453 ha sido magistralmente descrita por Gibbon y Hammer, (1) quienes tuvieron á la vista los relatos debidos á los historiadores contemporáneos de aquel calamitoso suceso. Empero, conforme demuestra Vast, (2) á entrambos autores se les ocultaron algunas fuentes importantes; y por mas que esto no sea parte para motivar una narración completamente nueva, sin embargo las insinuadas fuentes merecen ser conocidas, siquiera para no dejar en la sombra del olvido á los escritores que las constituyen.

Gibbon y Hammer pusieron principalmente á contribución á Phranzés, protovestiario del emperador Constantino y pariente por su mujer de la familia de los Paleólogos, griego recalcitrante y adversario decidido de la unión realizada en el concilio de Floren-

(1) Gibbon (Edwart) *History of the declive and fall of the roman empire*.
Hammer Purgstall (Joseph de) *Geschichte des Osmanischen, grossentreits aus
bisher unbenutzen Handscheriften und Archiven*.

Esta obra fué traducida al francés con este título. *Histoire de l'empire otto-
man, depuis son origine jusqu' á nos jours* par J. de Hammer. Ouvrage puisé
aux sources les plus authentiques et redigé sur des documents et des manuscrits
la plus part inconnus en Europe: traduit de l'allemand sur les notes et sous la
direction de l'auteur, par J. J. Hellert.

(2) *Le Cardinal Bessarion (1403—1472)*. Etude sur la Chrétienté et la
Renaissance vers le milieu de XV siècle par Henri Vast Docteur ès lettres, pro-
fesseur agrégé d' Histoire au lycée Fontanes.

cia; (1) á Ducas, griego como el anterior, pero lleno de simpatía por los latinos (2) (hay que advertir que uno y otro fueron testigos oculares de lo que narran); á Láonico Chalcondylo de Atenas que escribió desde esta ciudad, fundando su relato en documentos auténticos. (3) Hammer consultó también los historiadores turcos y se complace en citar á Neschri, Scaddeddin y á algunos otros.

Vast, al hacer lo que llama *Critica de las narraciones de la toma de Constantinopla*, dice que, ya que son sobradamente exiguas las fuentes turcas, se puede conocer, por lo menos, la versión turca de aquel memorable suceso, acudiendo á los griegos que permanecieron en Constantinopla después de 1453. A este efecto recomienda que se consulte el elocuente threno de Jorge Scholario, así como la historia en cinco libros del monge Cristóbulo. (4)

Añade que las cartas dirigidas al papa, como la del cardenal Isidoro de Rusia, (5) la de Leonardo de Chio (6) y la de Lauro Quirini, (7) mas ó menos conocidas y mas ó menos utilizadas por Gibbón y Hammer, sirven perfectamente para aclarar puntos oscuros.

Lo que estos últimos autores ignoraron por completo fué la existencia de las lamentaciones, monodias ó threnos escritos por algunos griegos poco después del suceso, como el de Mateo Camariota, el del rhodio Georgilas y el de Andrónico Callistos. (8)

Por fin, según el propio crítico, completan las fuentes históricas del último día de Bizancio una relación debida á la pluma de dos mercaderes florentinos, dada á luz ultimamente en la *Revue des Sociétés savantes* y el manuscrito del cardenal Besarión endere-

(1) *Phranzæ (Georgii) Chronicon*

(2) *Ducæ Mich. Ducæ nepotis. Historia byzantina.*

(3) *Leonici Chalcondilæ historice Turcarum libri X.*

(4) Scholario y Cristóbulo pueden leerse en la colección Didót. *Fragmenta historicorum græcorum.*

(5) El m. s. latino de esta carta se halla en la Biblioteca nacional de París. M. S. latinos n.º 3127. Puede leerse impresa en Migne. T CL IX col 953.

(6) Leonardo de Chio es, además, autor de la siguiente obra.

De urbis Constantinopoleos iactura captivitateque ad sanctissimum dominum nostrum divinum pontificem, Leonardi Chiensis humilis Theologicæ professoris, Mityleni Archiepiscopi. La hemos leído en la obra intitulada: *Cronicorum turcorum.* Impresa en Francord 1578. Se halla en la biblioteca provincial de Gerona.

(7) La carta de Lauro Quirini fechada en Candia el 15 de Julio de 1453 existe en la biblioteca de S. Marcos de Venecia. Fué publicada por Juan degli Agostini.

(8) Estos threnos se hallan en Migne T CLX col. 1.019 y en M. Egger *L' Hellénisme en France.* T. I p.º 439.

zado al Dux de Venecia Francisco Foscari, existente en el día en la Biblioteca nacional de París.

Tambien indica el referido autor que, allende de esto, deberían utilizarse los ricos archivos de Venecia que encierran muchedumbre de detalles interesantes acerca de las peticiones de socorros por parte del Emperador Constantino, no menos que las contestaciones dadas á ellas por el senado de la república véneta.

Como tan á menudo acontece, para nada suena el nombre de nuestra patria. Y no es que Aragón, regido entonces por la sabiduría de Don Alfonso V y poseedor de una de las cancillerías mas hábiles y mas diligentes de aquella época, dejara por un momento de espiar muy de cerca los planes de Mahometo II y no tratara de contrarrestarlos en bien de la Cristiandad, de la desventurada dinastía de los Paleólogos y de los demás príncipes cristianos que tenían estados codiciados por el turco.

Cuando Mahometo salió á campaña con una hueste y sobre todo con una artillería de que no hay otro ejemplo en la Historia, resulta, de lo que escribe Zurita, que Don Alfonso fué á poco sabedor de lo que pasaba en Constantinopla y que se dolía profundamente del desamparo en que los príncipes cristianos y especialmente los de Italia dejaban al triste emperador de Oriente. Para ver si el Papa se resolvía á poner remedio á tan grave daño, diputó á Roma á Luis Despuig, clauero de Montesa, con encargo de que instase la paz general de la península italiana, paz que Su Santidad se había propuesto á poco de ascender al solio pontificio. Las condiciones que ponía Don Alfonso para aceptarla eran: que no se consintiese que el conde Francisco Sforza quedase dueño y señor del ducado de Milan; que los florentinos se salieran de la concordia que tenían con este audaz caudillo y entrasen en la liga que él había formado con los venecianos, pagándole los gastos que le había ocasionado la guerra. Esta embajada tuvo lugar en el mes de Mayo de 1453.

En el de Junio siguiente, como se tuvieran noticias más graves de Constantinopla y se supiese que el turco con todo su poder estrechaba de cada día mas aquella desdichada metrópoli, D. Alfonso envió á Nicolás V un religioso llamado Fray Julián Mayali para que dijese al Papa: «que estimando el honor de Su Santidad, como el suyo propio, le suplicava se quisiere disponer á embiar muy presto el socorro, que havia deliberado embiar al Emperador de Constantinopla: porque uviessse de hallar se á la defensa de aquella ciudad: que desde el aumento de la religion Christiana fue avida por nueva Roma: y resistir contra la potencia del gran

Turco. Si por ventura no pudiese embiar todo el socorro, que havia determinado, tan prontó, como la necesidad lo requería, tuviese por bien, por mas presta expedicion, embiar el que pudiesse: porque no se difiriese mas: pues dilatando se, y no llegando á tiempo, sería imputado a mucho cargo de Su Santidad: de lo qual él se condolería grandemente: por la infamia que resultaría contra su Santa Persona. Advertía que él sabía, que el gran Turco no podía estar mucho tiempo en campo sobre Constantinopla: y que le avía de levantar forçosamente: y por esta causa él embiava en continente su socorro: que era de cuatro galeras: pero que podía pensar Su Santidad, que se imputaría á gran cargo de su honor, que los socorros que hazían todos los Príncipes Christianos se hallasen allá: y no el de Su Santidad: y en quanta desesperación, y desconfianza estaría el Emperador y todos los Griegos de Su Santidad y de la Iglesia Latina.»

No hemos podido averiguar si el socorro de cuatro galeras á que aludía Don Alfonso en la instrucción dada á Fray Julián Mayali lo enviaba al Papa para que se uniese y obrase en combinación con los barcos pontificios, veneciano genoveses ó si lo envió directamente.

Hace pensar lo primero el texto de la carta C L V de la colección de Aeneas Sylvio Piccolomini, ó sea el que luego fué Pio II, (1) dirigida al cardenal de S. Pedro *ad vincula*, en la cual dice que Mahometo se apoderó por sorpresa de la escuadra que, en auxilio de los griegos, habían reunido el sumo Pontífice Nicolás V, los venecianos, los genoveses y los catalanes, ora por haberla azotado los temporales, ora por haberse dejado encerrar en sitios desconocidos, ora, finalmente, según se decía, por haber estado desacertada en la defensa: allí, añade, recogió muchísimos tesoros, gran cantidad de pertrechos de guerra y un número extraordinario de armamentos de toda clase.

No hemos hallado en ningún autor la confirmación de la partida de tal escuadra [y menos de tal derrota, siendo posible que Aeneas Sylvio confundiera los rumores que hacían alusión á las naves de diversas naciones cristianas que se hallaban en el puerto de Constantinopla y que tanta parte tomaron en la defensa de la ciudad, las más de las cuales realmente cayeron en poder del Turco.

De lo que dice Zurita más adelante se puede colegir, que el socorro de D. Alfonso no llegó á hacerse á la vela. «Así fué, es-

(1) *Aeneae Sylvii Piccolominei Senensis, qui post adeptum Pontificatum Pius eius nominis Secundus appellatus est, opera quæ extant omnia etc. Basileæ.*

cribe, que estos socorros, que el Rey decía, fueron como sino lo fueran: pues quando esto advertía: y procurava el Rey, aquella ciudad avia sido entrada por los enemigos.»

Cantú habla del auxilio que dió el Magnánimo á Scanderberg, quien al frente de sus mirditas se propuso atajar á Mahometo. Consistía el socorro en algunas naves mandadas por Raimundo de Ortafá, con gran cantidad de viveres.

Cantú realmente está en lo cierto, pero la expedición de Ortafá ocurrió muy posteriormente á la toma de la antigua Bizancio (1)

Aparte de las notas dirigidas por Aragón al Pontífice, aparte de los aprestos marítimos que no hay duda que estaba haciendo, aparte de los auxilios que dió más tarde á Scanderberg, puntos todos ellos muy interesantes y dignos de depurarse por medio de los registros de nuestro secular archivo, todavía hay que poner en claro el papel que hicieron los catalanes durante el sitio de aquella desventurada metrópoli, pues resulta claramente que tomaron las armas en su defensa unos dos mil extranjeros y además que el veneciano Contarini tenía á su cargo los muros del puerto exterior y que bajo su mando estaba Pedro Giuliano consul de los catalanes, quien ocupaba el Boucoleón.

(1) Zurita dice que en 1444 fué enviado por virey á Albania el catalán Don Raimundo de Ortafá para que guardase los castillos de aquel estado. A Scanderberg se le socorrió con cierta suma anual sobre las salinas que mandó hacer el virey en el cabo que se llamó de Aragón. Iose también un buen subsidio á varios señores de aquel país entre los cuales enumera el analita aragonés á Aremiti, Jorge Strezi, Gin Mysaych y Mysaych Tophia, para que entre todos fortificasen y defendiesen los castillos de Croya, Crepacore, Scalutzo y Cabo de Aragón. Jorje Castrioto ó Scanderberg fué nombrado capitán general y al Virey Ortafá se le dió permiso para que pudiera batir moneda en Croya. Por cierto que Scanderberg no tardó en derrotar á un jefe turco que mandaba muchas tropas, precisamente en ocasión en que la media luna se acababa de enseñorear de la Servia y se lo llevaba todo de calle, pasando al filo de la espada á cualquier cristiano que contase más de catorce años.

También hay que citar la ocupación por parte de la escuadra de Don Alfonso de la costa de Cilico, que en aquella sazón se llamaba de Satalaneo, que formaba parte de una pequeña isla inculta, y la reedificación de su fortaleza, construida en otro tiempo por los caballeros de Rhodas y destruída hacía poco por los turcos, todo con la idea de entorpecer el tráfico marítimo de éstos. Tal empresa fué confiada á Bernardo de Vilamarí, á quien se dieron cuatro galeras. Por cierto que durante dos años consecutivos cojió muchas naves turcas cargadas, é infestó las costas vecinas.

«Quo instaurato (castello), Bernardus cum ejusdem expeditionis sociis oras illas præterlegens, multas barbarorum naves onustas cepit, magna que ex vicinis agris præda abacta, illos ingenti damno, et clade plus bienio affecit. Demum á Rege revocatus. arce validissimo præsidio firmata, Neapolim reversus est.
(Fazio)

Hay aquí, pues, una interesante investigación histórica que hacer y que, al par de otras de gran importancia, haría más lucido papel en cualquier programa de premios de certámen literario que esa multitud de temas estúpidos con que la frívola vanidad suele convidar, más ó menos en vano, á los que se ocupan de las cosas de la pátria catalana.

No hay duda que después de la catástrofe constantinopolitana todos los ojos y todos los corazones deseosos de remedio se dirigieron á D. Alfonso. Así lo prueba la larga cuanto levantada y elocuente arenga que le dirigió el legado pontificio cardenal de Fermo (1) en ocasión solemnísimá.

Acababa de firmarse la paz entre el Duque de Milan ó sea el antiguo conde Francisco Sforza y los florentinos, por una parte, y la señoría de Venecia, por otra, aliada desde larga fecha de D. Alfonso. Como dicha paz se había estipulado á espaldas de éste, por más que se le reservara lugar muy honroso en ella, creyeron los signatarios que había de llevar á mal aquella preterición, por lo cual trataron de desenojarle y, á propuesta de los florentinos, deliberaron enviar á Nápoles una solemne embajada con la misión de darle toda clase de satisfacciones y de rogarle que pusiera su firma en el protocolo y se dignase formar parte de la confederación italiana. Para que este paso produjese el efecto apetecido, suplicaron al papa que nombrase un legado, con el fin de que acompañara á los embajadores é intercediera á nombre de la Santa Sede en el sentido indicado.

Nicolas V accedió á las insinuadas instancias, nombrando al cardenal de Fermo mientras que los venecianos designaron á Gerónimo Barbárico, procurador de S. Marcos, á Zacarias Treviso y á Juan Moro, el duque de Milan á Bartolome Visconti, obispo de Novara, y al conde Alberico Malleta y los florentinos á Bernardo Antonio de Medicis y á Dietisalvi Neroni.

Llegaron segun Fazio (2) á Gaeta en ocasión en que D. Alfonso se hallaba de caza en el castillo de Trajeto, y así que lo supo se apresuró á salirles al encuentro. Ellos, por su parte, al saber que S. M. se había puesto en camino, se adelantaron como unas dos millas á recibirle.

Hospedados en dicha ciudad por cuenta de la casa real, fueron recibidos en audiencia á los tres días de haber llegado y, como era

(1) Domingo Capranica.

(2) *Bartolomei Facii de rebus gestis ab Alphonso primo neapolitanorum rege comentariorum libri decem. Neapoli 1767.*

natural, el legado pontificio llevó la voz á nombre de todos, exponiendo en una oración elocuente, á la par que hábil, el objeto de la embajada. Fazio la inserta íntegra, y nosotros, aunque tengamos que pecar de difusos, daremos una idea bastante extensa de ella y aun traduciremos literalmente sus párrafos más notables.

«En nombre de mis colegas, dijo, debo manifestar á V. M. que el objeto que nos mueve á todos es ofrecerle la paz y la alianza, las cuales no dudamos serán aceptadas por V. M., sobretudo si tiene en cuenta lo triste de los tiempos que atravesamos; puesto que la causa de la Religión se ve tan amenazada. Este peligro determinó á los príncipes y señorías á deponer las armas y á mirar por su propia tranquilidad; y si al hacerlo no se consultó con V. M., no fué por desprecio, sino por lo apremiante del caso, pues de haber tomado otro partido, las negociaciones hubieran sido mucho más largas y difíciles. Apesar de ello se dejó lugar honroso á V. M. así en la paz, como en la liga, para que viese que no se concertaban en detrimento ni en desdoro de vuestra real persona.»

Manifestóle que no debía rechazar el ofrecimiento, no sólo en beneficio de Italia, trabajada por tantas guerras intestinas, de suerte que hasta el mismo vencedor parecia vencido, si nó tambien por humanidad y justicia, lo cual aumentaria su gloria. Expúsole que no se trataba únicamente de apaciguar Italia, si nó más bien de defenderla y asegurarla, por cuyo motivo confiaba que se apresuraria á entrar voluntariamente en la liga con los demás príncipes y señorías.

«Nos amenaza, exclamó, una guerra grave y peligrosa, tal como no hay memoria de ella en Italia en el espacio de muchos siglos. Se trata de la salvación del país, de la salvación de toda la Cristiandad, de la salud de nuestra Religión. Mahometo, enemigo atroz del nombre cristiano, no contento con haber tomado Constantinopla, que el gran Constantino fundó para tener á raya á los bárbaros, y en cuya toma hubo tantas muertes, incendios, rapiñas, violaciones, profanaciones de templos, escarnios de las cosas sagradas, con ludibrio de Jesucristo Nuestro Señor y de la Virgen Santísima; no contento, tampoco, con la opresión de Grecia, que en parte gime bajo sus garras y el resto tiembla de miedo, quiere ya abandonar el Oriente, invadir Italia y hacerse dueño de Roma, cabeza de nuestra santa Religión. Y como sus atropellos han quedado impunes, de aqui que se dedique á reunir fuerzas para cometer otros nuevos. Este astuto enemigo ha comprendido que si Italia se hallaba desprevenida y podía apoderarse de ella, luego dominaría con la mayor facilidad á los demás prínci-

pes. Nuestro enemigo se prepara para caer de improviso sobre nosotros en la persuasión de que no ha de hallar tiempo ni ocasión mas propicios para realizar sus planes exacrables. Y á la verdad que no errará si permanecemos ociosos, si no nos preparamos á hacer frente á su poderío. ¡Tán grande es la suma de dinero de que dispone, tál es la formidable escuadra que tiene alistada y la hueste numerosa que ha reunido! Ya está cerrado á nuestros buques el mar Egeo, ya solo pueden frecuentar las islas del Archipiélago de Grecia y las costas de Levante las grandes naves reunidas en considerable número, quedando privados los cristianos de un comercio en otro tiempo activo y floreciente. De igual modo las fortalezas turcas situadas en ambas orillas del Bósforo Tracio impiden el acceso al Mar Póntico. Tiene el Turco por aliados á los Scytas, gentes que por su número, por la robustez de su cuerpo y por su carácter belicoso han de oprimir en breve nuestros establecimientos del Mar Negro, ó al menos los han de tener en continua alarma. Tambien ha mandado embajadores á todas las naciones bárbaras y mas especialmente á las que, por estar inmediatas al mar, entiende que pueden favorecer sus expediciones, excitándolas á hacer una guerra de religión para que Máhoma triunfe de Jesucristo. Y no cabe duda que arrastrará á esta guerra á los reyes de Siria, Mauritania y África y á muchos otros que viven en remotas regiones. Tán admirable es la fuerza de la Religión, aun siendo falsa y hasta detestable, que si una vez se apodera del alma, ya no hay otra potencia que, como ella, pueda inflamarla y obligarla en fuerza del temor; puesto que los que la profesan creen siempre que es mas eficaz y mas santa que las demás religiones. Todos los males y peligros que pesan sobre Italia sólo la paz y la concordia son capaces de conjurarlos. Es tál el nombre que tiene Italia en materia de armas que el solo rumor de que la paz y la alianza son un hecho, desviará al enemigo de sus perniciosos conatos. Pero esto no basta; debemos tener un capitán que nos guie, sobre todo en las expediciones marítimas en las cuales debe cifrarse principalmente la victoria.»

Despues de esta brillante exposición el legado pontificio manifestó á Don Alfonso que nadie, como él, podía ponerse al frente de la empresa. Hé aquí como trató de persuadirle.

«Todos, le dijo, de unánime consentimiento proclaman á V. M. jefe y caudillo. Todos ven en V. M. reunidas de sobra las condiciones que se requieren para el mando, á saber: suma ciencia de la guerra, valor egregio, autoridad incontestable, fortuna probada en medio de los mayores contratiempos. De todas estas cosas

ha dado V. M. admirables ejemplos en las varias guerras que emprendió: en la de Nápoles, en la de Marsella, en la de España, en la de Africa. V. M. tiene, más que ninguno otro príncipe, marinos y buques en gran número; pero, además de las fuerzas de V. M., le seguirán gustosas las de los otros estados de Italia. Si V. M. no toma el mando, la igualdad de los demás será origen de celos, rivalidades y disputas; pero si se pone á la cabeza, todos le obedecerán gustosos.» (1)

Añadióle que la gloria de esta empresa superaría á cuantas había acometido antes; porque en ellas, aunque fué victorioso, siempre hubo de derramar sangre de cristianos, al paso que en la que se proyectaba solo se vertería la de los enemigos de nuestra santa Religión.

«Una guerra tal superará los hechos más brillantes de todos los príncipes contemporáneos. Todo lo dicho, sólo puede lograrse á beneficio de la paz, puesto que sin ella Italia no podría disponer de sus huestes, ni preparar una gran escuadra para hacer frente á la que Mahometo, prevalido de las ventajas que le ofrece Constantinopla, está armando sin darse punto de reposo. El papa Nicolás, continuó, lo pide á V. M. con ahinco, y á este objeto me ha enviado. También se unen á sus ruegos todos los demás ilustres embajadores aquí presentes. No deje V. M. que Italia padezca, no deje que sufra detrimento la Cristiandad y la Religión santísima en la cual se cifra nuestra salvación. No espere, sobre todo, á que los enemigos del cristianismo se preparen á la guerra, por que más tarde será ineficaz el concurso de Europa entera.»

(1) Duce enim, et auctore opus est, præsertim bello marítimo, in quo maxime victoria reposita videatur. Qui enim plus classe potuerit, facilem profecto terrestris belli victoriam cæteris reliquerit. Nam quamdiu mare tutum ac liberum illi fuerit, nec commeatu, nec milite, propter vicinitatem terræ Asiæ, ac paterni regni, prohiberi poterit. Quo commercio atque opportunitate sublata, aut fame, aut ferro vincatur necesse est. Te autem uno neminem aptiorem ad tantum imperium gerendum arbitrantur. Omnes ad te summo consensu hanc præfecturam deferunt. Vident in te omnia abunde esse, quibus ejusmodi imperatorem præditum esse oporteat; summam scilicet belli scientiam, egregiam virtutem, amplissimam auctoritatem, maximam felicitatem. Quarum omnium rerum mirifica exempla iis, quæ gessisti, bellis demonstrasti, Neapolitano, Massiliensi, Hispaniensi, Africano. Vident etiam (id quod maxime hujusmodi bello requiritur) te maritimis copiis, ac navibus plurimum posse, tantumque Majestati tuæ tribui, ut nulla Italiæ civitas, nulla classis futura sit, quæ tua signa non libens sequatur, quæque mandatis tuis parendum sibi non existimet; quæ res maxime in hac expeditione necessaria existimatur. Cæteris enim æqualitas ipsa invidiam excitat, nec alios aliis præesse patitur. Tibi omnes promptissime, et absque invidia obtemperaturi sunt.

Luego indicó que podría atajarse el ardor del Turco llevando los ejércitos cristianos á Grecia y Thracia.

«Mire V. M., le dijo, de no perder esta ocasión de llenarse de verdadera gloria, que Dios le ofrece y aun le prepara. Piense cuánto fué el lustre de aquellos príncipes que para conservar la paz ó para extender el nombre cristiano hicieron la guerra á los enemigos de nuestra religión. Acuérdesse de aquel Carlos, á quien sus hechos hicieron merecer el dictado de magno; acuérdesse de Godofredo, del Emperador Segismundo y de Juan Vaivoda. No se aparte, sobre todo, de la mente de V. M. el pensamiento de la Religión en la que se encierra la felicidad de nuestras almas. Por ella hay que pelear, por ella hay que hacer toda clase de esfuerzos hasta perder, si necesario fuere, la vida. Si V. M. desprecia la paz y la alianza, Italia volverá á ser presa de guerras intestinas. Entonces los príncipes cristianos que se hallan lejos del incendio viendo que damos de mano los armamentos navales, se encerrarán en sus casas.»

La conclusión fué conjurarle á que entrase en la paz y liga en bien de Italia y de la Cristiandad entera y que aceptase el cargo de general.

Los demás legados confirmaron con diversos razonamientos cuanto había expuesto el cardenal de Fermo.

No son prueba menos fehaciente de la tesis que venimos sosteniendo los tres apéndices con que termina *Æneas Sylvio los Comentarios al libro de los Dichos y Hechos del Rey Alfonso*, de Antonio Panormita (1), apéndices que traen los títulos de «*In orationem pro suscipiendo in Turcas bello.*» «*In triumphum Alphonsi.*» y «*Ad Alphonsum Arragoniæ regem Æneæ Senensis episcopi Oratio.*» En estas producciones se leen frases por todo extremo lisonjeras para inducirle á que se pusiera al frente de la cruzada.

En la primera le dice que Dios no le crió fiero, sino hombre capaz de razón, y no hombre cualquiera, sino hombre cristiano; y no cristiano cualquiera, sino cristiano rey; y no rey cualquiera, sino el rey el más poderoso y el más sabio de Europa; y lo que es más inaudito, rey y filósofo á un tiempo. (2)

(1) *Æneæ Sylvii episcopi senensis in libros Antonii Panormitæ Poetæ, de dictis et factis Alphonsi regis memorabilibus, Comentariorum.*

(2) *Belli rex tria in se magni beneficia Dei commemorat, qui non belua, sed homo rationis capax ab eo sit creatus. Nec qualiscunque homo, sed Christianus homo. Nec qualiscunque Christianus, sed Christianus rex, reddere ilud modestia vetuit, quod non qualiscunque rex à Deo creatus est, sed regum quos habet Europa est potentissimus et sapientissimus; quod nostro seculo inauditum est, rex atque Philosophus.*

En la segunda le pinta lo que sería el *triunfo* ó la entrada triunfal al volver de la guerra, domeñados los turcos, libertada Grecia, rescatados los sangrientos despojos y aplastada la cabeza de Mahometo. «¡Oh cuál sería, le dice, el carro que le aparejaría Italia, cuáles las gracias que le daría la Iglesia, y los festejos que le prodigaría toda la Cristianda! Vendrían á Roma todos los reyes del Septentrión y del Occidente, y le saludarían como gran caudillo de la República cristiana. Los cardenales y todos los altos dignatarios eclesiásticos y el magistrado de la ciudad saldrían á recibirle, llevando las santas reliquias á gran distancia de los muros. Los caballeros con sus trajes blancos como la nieve le conducirían el caballo del diestro; á su paso se extenderían paños de púrpura y escarlata. Las matronas y las vírgenes le arrojarían rosas y lirios y le tejerían coronas de varias flores con que adornar la sagrada cabeza. El mismo desde el alto carro arrojaría dinero á la plebe; en cualquier plaza, en cualquier confluencia de calles en donde se detuviera, tropezaría con nuevas clases de juegos y todo el pueblo le aclamaría deseando vida y gloria al vencedor. Y así triunfante, sería conducido, no al Capitolio, morada del falso Jove, sino á la basílica de S. Pedro, príncipe de los apóstoles. Allí el papa Calixto III, verdadero vicario de Jesucristo, al que encontraría teniendo las llaves del reino eterno, le daría la bendición, le abrazaría y le besaría como un anciano padre, y llevándosele á sus habitaciones privadas, retirados ambos, platicarían largamente de la victoria recientemente alcanzada, así como de los asuntos de España.» (1)

(1) Quum redierit Alphonsus subactis Turcis, liberata Græcia et spolia illa cruenta, nephandique Mahumeti caput retulerit. O qualem ei currum apparabit Italia, quales gratias aget ecclesia, quæ festa omnis Christiana societas agitabit. Convenient Romam Septentrionis et Occidentis reges redeuntisque magnum imperatorem Christianæ Reipublicæ salutabunt. Cardinales cunctique præsules ecclesiarum, et magistratus urbi, longo extra mœnia intervallo sacraferentes obviam ibunt. Nivei stabunt ad frena Quirites, sternetur purpura et ostro, quæcunque ab eo terra calcanda fuerit. Matronæ nobiles, virginesque rosas et lilia é tectis in eum spargent, et variarumserta florum sacro capiti annectent. Ipse curru sublimis, aureos in plebem nummos iaciet, quocunque in foro, quocunque in trivio substiterit, novas ludorum facies offendet, acclamabitque omnis populus, victori vitam et gloriam. Atque ita triumphans non in Capitolium, falsisque Jovis ædem, sed in Apostolorum principis beati Petri Basilicam deducetur. Ibi que maximum sacerdotem Calixtum tertium, verum Christi vicarium, et regni æterni claves tenentem inveniens, largam ab eo benedictionem accipiens, amplexus atque deosculatus grandævum patrem, secum in penitiorem palacii partem secedet, ubi et de recenti victoria et de rebus Hispanicis longos inter sese sermones habebunt.

En la tercera tambien le dirige palabras grandemente encómias-ticas. Después de haberle hablado de la necesidad de la paz de Italia, le dice. «Esta concordia y verdadera paz de los cristianos, será, á mi juicio, de gran éxito para emprender la campaña contra los Turcos. Pues asi como nuestra discordia los ensoberbece, nuestra concordia los abatirá y postrará. A la verdad, cuando se enteren los húngaros, los polacos, los valacos, los albaneses, y todos los griegos que Italia se halla pacífica y concorde, con ánimo invicto tomarán las armas, y en pos de ellos el muy augusto emperador Federico, que de igual modo ha procurado convencerlos de la necesidad de esta concordia. Los franceses, gente tambien muy valiente y otros pueblos transalpinos no menos fieles, hace tiempo que tienen manifestado estar dispuestos á tomar parte en la guerra contra el Turco. Y por más que el año pasado la Santa Sede Apostólica enviara legados, exigiera décimas, concediera indulgencias y construyera naves, sin embargo es necesario que V. M. con la cruz del cruzado declare la guerra á los enemigos de la fé.

Extirpadas desde ahora y de raiz las disensiones de Italia, qué expresamos, sino que V. M., al frente de una grande y poderosísima escuadra, que, segun suele decir V. M., se ha de componer de quinientas velas, se dirija á Oriente, á vengar la ignominia inferida á Dios nuestro salvador. Acaso parezca cosa tal ser difícil y aun imposible de ofrecer. Mas en verdad ¿quienes pueden ponerse en parangon con V. M. en estas cosas, quien dispone de igual poderio, quien, como V. M., cuenta con dos magnánimos reyes, el del Castilla y el de Portugal, que han ofrecido suministrarle socorros? Al considerar todo esto, he de confesar que mis esperanzas no pueden ser excesivas. Asi pues, oh Rey inclito, manos á la obra: que á V. M. y al papa Calixto está reservada la gloria de que la religion Cristiana, do quiera esté conculcada y casi extinguida, la restituyais á su pristino esplendor. Asi aquel antiguo Oriente, que en otro tiempo nos infundiò la luz de la verdadera fé, ahora espera del Occidente la luz y la salvación.

Nadie ignora que los emperadores cristianos y los sumos pontífices procedentes de España frecuentemente velaron hermosa y saludablemente por la fé católica. Teodosio, Dámaso y otros, y en nuestra edad Calixto III, pontífice que nos ha dado Dios, hacen confiar, oh rey sapientísimo é incomparable, que los reinos de Oriente habrán de volver á Cristo verdadero Dios.»

Con lo transcrito y con otros muchísimos textos que podríamos someter á la consideración del lector, queda probado lo que al

principio apuntamos: esto es, que las miradas de todos los buenos se dirigían al Rey magnánimo, como el único que podía tomar sobre sus hombros la árdua, cuanto cristiana empresa de reconquistar, arrancándola de las garras del Turco; la Roma de Oriente.

Qué extraño, pues, que á él se dirigieran las lamentaciones, que para usar el lenguaje jeremiaco, fueron bautizadas con el nombre de threnos? De seguro que en la corte de tan sabio y culto señor, en la que hallaron bondadosa acogida y casi siempre no escasa protección los griegos que asistieron al Concilio de Florencia y luego los que tuvieron que fugarse de Constantinopla, como lo podríamos probar con los ejemplos del cardenal Besarión, de Jorge de Trevisonda y de Teodoro Gaza, hubieron de ser conocidas, estudiadas y admiradas las tristes monodías de Jorge Scolario, de Mateo Camariota, de Georgilas y de Andrónico Callistos, existiendo á los ingenios españoles, así catalanes como castellanos, á ensayarse en aquel género literario para el cual mas de uno mostró especiales condiciones (1)

A nadie llamará, por lo tanto, la atención que allí donde habia aliciosos para el cultivo de la elegía de alto vuelo, no faltara quien, á la vista de los threnos y monodías escritas por los griegos sobre suceso de suyo tan adecuado, como la triste tragedia del próstero día de Constantinopla, quisiera medir sus fuerzas en el propio asunto y ponerlas en noble parangón y en laudable competencia con las de los mismos helenos.

Empresa tan levantada tomola sobre sí un egregio poeta catalán cuyo nombre por incuria punible de estos tiempos, no ha llegado hasta nosotros, lleno de muy justa gloria.

Figura la composición á que aludimos en un códice de la biblioteca universitaria de Zaragoza, códice estudiado con gran fru-

(1) Decimos mas de uno, porque aparte del autor de la elegía catalana, motivo de este trabajo, sabemos que Diego del Castillo escribió otra lamentando la muerte de Don Alfonso, seguramente á poco de haber acaecido. Y que Diego del Castillo estuvo en la corte del Magnánimo lo prueba el texto mismo de una de las estrofas de su *Visión alegórica sobre la muerte del rey Don Alfonso*, en la cual, hablando del llanto y de las lamentaciones de las gentes de S. M. se expresa como quien las oyó y fué testigo de ellas diciendo:

*Así los gentios de aqueste rey tanto
SENTÍ muy cuitados en esta razón.*

Por otra parte, harto se echa de ver que Castillo, no solo debió residir en Italia, sino que su estilo quedó impregnado de giros italianos, como el de *aqueste rey tanto*, por *de este tan gran rey*, traducción literal d' *un tanto re*, que es como se dice en toscano.

to por los Sres. Balaguer, Milá y Amador de los Rios, quienes, sin embargo, no tuvieron espacio en sus respectivas obras para publicarla íntegra. Como las demás que se encierran en el mismo manuscrito, traía el nombre del autor en lo más alto del folio, con tan mala fortuna, que al ser entregado el libro á un encuadernador la cuchilla de éste, queriendo igualar las hojas, dejó anónima la poesía.

Amador de los Rios cree que el threno catalan debe atribuirse á Francesch Ferrer, ó Farrer inspirado autor de *Lo Conort*, el cual militó en Oriente y se halló en la defensa de la isla de Rodas en el año de 1444 ya fuese, segun el Sr. Milá, porque estuviese en la isla ó por que fuese embarcado en la galera de Diego de Vilaregut, que servia á la orden de S. Juan.

Demás de esto, en el aludido cancionero de la universidad de Zaragoza figura con el epigrafe de Francesch Ferrer una poesía titulada: *Romanç dels actas e cosas que la armada del gran Soldá ffeu en Rodas*, por lo cual se vé que ningun poeta tenía como Ferrer el espíritu tan impresionado de las violencias de los turcos, ninguno las había visto tan de cerca, ninguno sentía más hondamente la necesidad de ponerles coto, ninguno, por fin, podía con mas motivo hacer coro con los griegos que exalaban sus plañideros quejidos en forma de threnos ó lamentaciones jeremiacas.

Tampoco cabe duda de que Ferrer era aficionadísimo á las composiciones de corte dramático, largas y de gran empuje. Es mas; la estructura material de la poesía dedicada al desastre de la antigua Bizancio, se parece no poco á la del *Conort*, dominando en ambas la figura que los retóricos llaman apóstrofe.

Tan conocida como es esta última, tenemos por inédita la primera, por lo cual la mandamos copiar cuidadosamente del códice de la universitaria de Zaragoza, teniendo hoy la satisfacción de ofrecerla á los habituales lectores de la REVISTA DE GERONA.

JOSÉ AMETLLER

(Se continuará.)



PASIONARIAS (1)

Dicen que las penas matan,
más mienten los que tal dicen,
que yo soy la pena andando
y no consigo morirme.

El recuerdo de su amor
me conforta y me atormenta,
como la cruz y el puñal
se halla todo en una pieza.

La cadena que yo arrastro
no me magulla las carnes,
pero el alma me lastima
con eslabón de pesares.

Con saña fiera la muerte
quiso desgarrar mi pecho;
tantos pedazos de él hizo,
que apenas corazón tengo.

Fué toda mi dicha un sueño,
frágil, deleznable espuma,
flor que arrastra el vendabal
y arroja al pié de una tumba.

Yo soy como llama debil
de una luz que ya se apaga,
yo soy un cuerpo sin sombra,
yo soy como un ser sin alma.

(1) De una colección de cantares titulada así y próxima á publicarse.

Las flores que ella cuidaba
 eran rosas y azucenas,
 hoy las miro convertidas
 en siemprevivas y adelfas.

—

Mi pecho está convertido
 en amasijo de hiel,
 las penas y los dolores
 tratáronle á su placer.

—

«Hasta el cielo»—la grité
 al lanzar su último aliento,
 y estrechándome la mano
 ella me dijo «Te espero!...»

—

Todavía estaba hermosa
 dentro del negro ataud;
 parecía blanca luna
 velada con aquel tul....

—

Compañera de mi vida,
 compañera de mis penas,
 compañera de mis dichas,
 ¿dónde estás, mi compañera?....

—

Dos prendas dejó al morir
 para templar mi desgracia,
 dos huérfanos inocentes
 pedazos de sus entrañas.

—

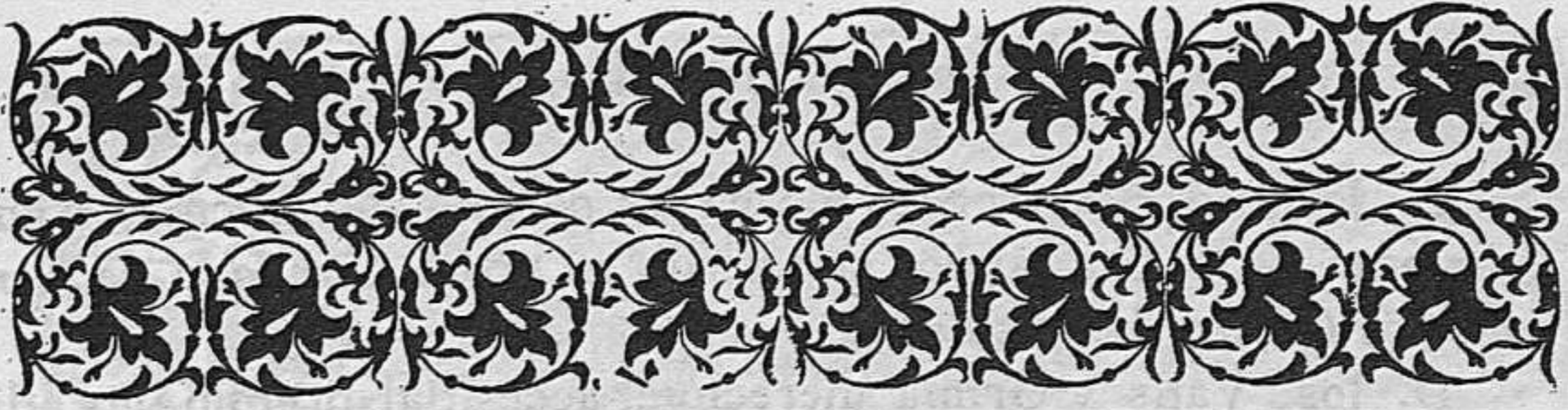
Mi corazón convirtiose
 en sepulcro de ilusiones,
 las derribó el desengaño
 de la suerte y de los hombres.

—

Mis plegarias más fervientes
 ella las pone en mis labios;
 si el cielo de su amor lloro,
 logréme el tuyo, Dios santo!....

—

Son ardientes como fuego
 mis lágrimas de amargura;
 si alguna llega á mis labios
 me sabe á mortal cicuta.



EL CERTAMEN LITERARIO DE 1889



ON la solemnidad y distinguida concurrencia de costumbre tuvo efecto en la tarde del 1.º de este mes el acto de la distribución de premios correspondiente al certamen decimoctavo de los que lleva celebrados la Asociación literaria de esta capital. Declarado abierto el acto por el Sr. Presidente de la Junta Directiva, el del Jurado calificador, D. Ramón Bordas y Estragués, leyó un bien escrito discurso en catalán, y á seguida dió lectura al veredicto el Sr. Secretario de aquel, D. Joaquín Batet y Paret, también en lengua catalana, de correctas y buenas formas.

Proclamados los nombres de los autores de las composiciones distinguidas, resultaron ser los siguientes:

D. Antonio Bori y Fontestá, por su poesía catalana *La Guerra* obtuvo el premio ofrecido por S. M. la Reina Regente (q. D. g.).

D. Pedro de Palol y Poch, por la suya *La destrucció de Ampurias*, mereció el único accésit concedido á dicho premio.

El mismo Sr. de Palol obtuvo el premio ofrecido por el señor Gobernador civil de la provincia, por su poesía *A las murallas de Gerona*.

D. Angel Lasso de la Vega obtuvo el accésit por su poesía en castellano *Las murallas de Gerona*, la cual no fué leída, ignoramos por qué razón.

D. Buenaventura Bassegoda y Amigó ganó el premio de la Excma. Diputación provincial por su poesía *Lo miquelet de Ripoll*.

D. Joaquín Botet y Sisó alcanzó el premio del Excmo. Ayuntamiento de la Capital por su trabajo en prosa *Condado de Gerona-Los Condes beneficiarios*.

D. José Valls y Grima mereció el accésit al premio (no adjudicado) ofrecido por el Excmo. Sr. D. Domingo Peña y Villarejo Senador del Reino, por su memoria titulada *Importancia de la educación que las madres deben dar á sus hijos antes de recibir la de los maestros*.

El ya citado Sr. Bori obtuvo el premio ofrecido por D. Fernando Puig, Senador del Reino, por su composición *La Gallarda*.

D. Victor Brossa y Sangermán mereció el accésit por su poesía *Lo Ordinari*, cuya lectura hubo de repetirse, como la anterior, á instancias de los concurrentes.

El antes nombrado Sr. de Palol obtuvo el premio ofrecido por D. José Herrero, Diputado á Cortes, por la poesía titulada *Girona per Aragó*.

El ya citado Sr. Botet y Sisó alcanzó el accésit por la poesía *Arnal de Cartellá*.

D. Joaquín Riera y Bertrán ganó el premio de la Asociación literaria por su epístola *A un amic casador*.

D. Francisco de A. Marull obtuvo los tres accésits por sus composiciones *La Masia ampurdanesa*, *La Tradició* y *Al Obrero*.

Cerró el acto el Sr. Presidente de la Asociación, dedicando un recuerdo á los señores socios fallecidos desde la celebración del último certamen, dando las gracias á las autoridades, corporaciones y particulares que habían contribuido al mejor éxito del mismo y felicitando á los autores premiados. De pasada se lamentó de la falta de asistencia al acto de las autoridades y funcionarios que, invitados según costumbre, brillaron por su ausencia. Con efecto, no recordamos haber visto como en este año el estrado completamente desierto, no pareciendo sino como que se hubiese obedecido á una consigna entre las colectividades y entidades aludidas. No podemos suponer que la hubiese en manera alguna; pero ello es lo cierto que la coincidencia pudiera apreciarse en sentido muy desfavorable, por no existir precedente de tal naturaleza. ¿Podrían tener relación con ella las observaciones que tenemos consignadas en años anteriores y que por lo visto no se han tenido en cuenta por los llamados á dirigir la marcha de la institución?

H.



LA VISITA Á LOS CAMPOSANTOS

Memento, homo, quia pulvis eris.



ABREN los cementerios sus verjas de hierro, para que en ellos penetren á consagrar un recuerdo á los seres que les fueron queridos, los humanos que aún ostentan su huesazón vestida por carnes más ó menos en salud.

Casi todos los años amanece en Madrid el día destinado por la Iglesia para este fin piadoso, encapotado por las nubes, que suelen siempre concluir descargando sobre los que se lanzan á la calle á cumplir el deber en que se encuentran los que son para con los que dejaron de ser.

¡Qué de recuerdos se despiertan en el día de los Santos en toda alma lacerada por la pérdida de alguno de los seres que son necesarios á la salud moral del corazón!...

El huérfano, siente sacudidas de sentimiento, al penetrar en la *ciudad de los muertos* en que habitan aquellos que le dieron el ser, y conmovido deposita la corona de siemprevivas, emblema del recuerdo que aún ocupa su mente, de las caricias y cuidados que nunca olvidará ni dejará de agradecer.

El viudo, lleva de la mano á sus hijos, y ante la lápida de la que fué su esposa, y á la que muerta sigue adorando como en vida la adoraba, conteniendo apenas las lágrimas que asoman á sus ojos, les enseña el sitio á que cuando sean mayores deben acudir á buscar consuelo moral á sus pesares en la morada de la madre que tanto les amaba.

El novio, visita el rincón en que yacen las cenizas de la mujer que fué el sueño de su vida, y cuando cree que nadie le observa, deja rodar por sus mejillas tersas una furtiva lagrima que, acaso filtrándose en el suelo, humedece el ataúd de la difunta.

La anciana madre dobla sus rodillas ante la losa del sepulcro del hijo de sus entrañas, y con las canas al viento, atrás el negro pañuelo de seda, cruzadas las descarnadas manos y arrasados los ojos con las lágrimas, murmura oraciones, en las que, pidiendo al Señor el eterno descanso del alma de su hijo, le ruega también que la lleve pronto á su lado, porque le es insoportable la vida sin sus besos y sin sus caricias.

También la viuda pasa del brazo de su nuevo esposo ante el sepulcro del marido que yace, y acaso disimulando, por no encender los celos, lanza una mirada triste á la piedra, se humedecen sus ojos y sonríe despues á su acompañante, fingiendo que la lágrima que surcó por su faz la produjo un granillo de arena que al acaso llevó á sus párpados el viento.

No faltan chuzones que, dispuestos siempre á echarlo todo á barato y á divertirse con el motivo más fúnebre del mundo, se reúnen en *pandillas* y estudian detenidamente los epitafios para *sacar punta* á su contenido, comentan el dolor de las mujeres del modo menos piadoso que les es dado y hasta improvisan alguna quintilla, que se harán grabar en su losa funeral cuando la muerte no les permita seguirse divirtiendo.

Van curiosos que, acostumbrados á vivir en medio de la paz de los pueblos, quieren presenciar el espectáculo, asistir á la iluminación de cera y ceite y admirar el cuadro animado que ofrece en tal día el recinto donde el resto del año se quedan

¡tan solos los muertos!

Y son necesarias estas expansiones al corazón humano, más que expansiones podrían llamarse *necesidades de la vida*, porque ¡qué pavor nos infundiría la muerte si sapiéramos que al final de la jornada irían nuestros restos á parar al rincón más apartado del mundo, donde no retumbaran jamás otras pisadas que las del sepulturero, donde no se escuchasen otros ruidos que el graznido de la corneja y donde jamás se escuchara, como en estos días, aunque parezca profanación, la música del reír, que es el aperitivo más eficaz de la vida y el recuerdo más grato que se deja sobre la tierra cuando caen nuestros restos al abismo de la eternidad!

M. J.



NOTICIAS

VARIOS periódicos de París han dado en estos pasados días la noticia que reproducimos gustosos, de que nuestro comprovinciano el joven pensionado por la Diputación para el estudio de la escultura en la capital de la vecina república, había obtenido un nuevo lauro en los comienzos de su carrera. En el taller de M. Chapu y entre los alumnos del mismo se había abierto un concurso ú oposición para ejecutar un busto de tamaño natural del pintor Gustavo Boulanger, fallecido un año há, á cuyo efecto Mr. Julián ofreció una suma de seiscientos francos, cuyo premio fué adjudicado al aludido pensionado, D. Miguel Blay y Fábregas, para quien auguran todos los inteligentes un glorioso porvenir artístico.

Felicítamos con efusión á nuestro amigo por la distinción que acaba de obtener, haciendo extensivos nuestros plácemes á su familia y amigos olotenses.

Escritas las anteriores líneas, se nos ha manifestado que el mismo Sr. Blay ha remitido ya hace algunos días los trabajos inherentes á su pensionado, correspondientes al primer año. Nada podemos decir acerca de los mismos por sernos desconocidos hasta ahora, pero procuraremos conocerlos y daremos cuenta oportuna. Y ya que la ocasión se presta para ello, nos permiteremos algunas observaciones sobre el asunto.

Desde el punto en que la Provincia otorga pensiones de la naturaleza de la presente, creemos estaría muy en su lugar que aquella no solamente se asesorara en cada caso sobre los verdaderos adelantos de los pensionados con las entidades llamadas de derecho á ello, si que tambien exhibiese de una manera pública y en local adecuado los trabajos que sucesivamente fuesen remitiendo aquellos. Con semejante procedimiento se prestaría un obsequio á los interesados, cuyas obras quedan reservadas ó poco menos á determinadas personas, y al mismo tiempo se evitarían comentarios justos ó injustos acerca de la justicia con que se continúan otorgando las pensiones sin favoritismos ni preferencias, y si solo con justa equidad. Nos parece que en este asunto el público tiene derecho á que se le dé participación, y así esperamos que lo resolverá la corporación que debe demostrar el principal interés en que se conozca la justicia de sus ilustradas larguezas.

En el certámen celebrado recientemente por la Academia Bibliográfica Mariana de Lérida ha obtenido el premio de una pasionaria de plata y oro y una mención honorífica, nuestra antigua colaboradora D.^a Trinidad Aldrich de Pages de La Bisbal. Tambien nuestro paisano D. Juan Carreras y Dagas, organista resi-

dente en la propia villa ha alcanzado en la sección de música del mismo certámen el premio de una lápida de mármol con su nombre y otra mención honorífica por dos composiciones originales. Reciban todos nuestro parabién.

Se han publicado impresos los dramas *Cristol el ahorcado* y *La hija de la mulata*, puestos en castellano por D. Francisco Figueras y Albert, estrenados en los años 1885 y 1886 en el Teatro de Novedades de Barcelona. El Sr. Figueras es compatriota nuestro y conocido ya por otros trabajos en prosa y verso.

El día 17 del pasado mes falleció casi repentinamente en la villa de Bascara D. Francisco Castelló y Vila, persona por demás inteligente en archivología y paleografía, entre cuyos trabajos merece citarse el árbol genealógico de la familia de Caramany de esta ciudad formado durante una larga serie de años con verdadera inteligencia con ocasión de arreglar el archivo patrimonial de tan antigua casa en nuestra ciudad. R. I. P.

La Asociación de Arquitectos de Cataluña ha publicado con el título de *La Catedral de Gerona, apuntes para una monografía* el interesante estudio que sobre dicho monumento leyó el arquitecto D. Joaquín Bassegoda en la excursión que en 1887 hizo la mencionada asociación, y acerca de cuyo trabajo tal vez nos ocupemos más detenidamente otro día.

A propósito de lo que dejamos dicho en el primer suelto de esta sección, transcribimos el que leemos en el último número de «El Olotense»: «Hemos tenido ocasión de ver, aunque muy de prisa, la estatua que la Diputación encargó á nuestro escultor Miguel Blay para el primer año de pensionado. Es una academia de hombre, de unos 5 ó 6 palmos de alto, tratada con una libertad y una franqueza extraordinarias, modelada con energía y valor, comprendiéndose á primera vista que ha perdido ya el miedo para emprender la obra más acabada y más difícil que existe sobre la tierra, el mecanismo más admirable y más complicado que es el cuerpo humano. La vida se siente respirar en toda la figura, parece que la sangre corre por las arterias y venas, el movimiento está bien estudiado y bien sentido, el armazón anatómico se encuentra en toda la academia sin una pequeña falta. La manera de modelar y la energía con que está expresada la carne no es fácil que guste á las personas que no se ocupan en semejantes cosas, quienes por lo regular exigen finura y detalles que antes perjudican que favorecen las obras artísticas: pero cuantas personas inteligentes vean la obra, se harán cargo de la valentía con que se halla ejecutada y comprenderán la verdad y la belleza de la figura.

«Puede quedar satisfecha la Diputación provincial y especialmente los diputados de Olot que presentaron á la Diputación á nuestro amigo, y si la Diputación había de creernos, pondría todas esas obras en el Museo provincial, porque allí el público puede ir siempre, y á fuerza de asistir, por último aprende lo artístico y se familiariza con las cuestiones de arte que en estas materias está muy atrasado, precisamente por no poder visitar obras artísticas y por la falta de museos.

«La redacción de este semanario felicita cordialmente á Blay por este gran paso en el camino del arte y por el triunfo alcanzado en el busto de Boulanger, aconsejándole, empero, que no haga caso alguno de estos elogios y que continúe estudiando.»